

Las pelotas se compone de la unión de dos fragmentos de texto de Rodrigo García.

BORGES

Antes, cuando me mosqueaba, yo decía: «que os den por culo y que os quedéis ciegos». Al final conocí a Borges metido entre otras personas y no tuve huevos para decirles la famosa frase, mi frase acuñada, celebérrima, «que os den por culo y que os quedéis ciegos». Yo no tengo nada en contra de los ciegos ni de ningún minusválido, pero jamás les suelto monedas, ya sabéis, para ganarme el cielo o la sonrisa del lisiado; todo la recaudación se la pulen en porros, dicen que es para el médico, para la cirugía, para recuperar el sentido perdido, para la prótesis, pero no nos engañemos: es para vicio. Lo mejor del sentido perdido es que inflama con seguridad algún que otro sentido: la dificultad física –lo digo siempre– agudiza el ingenio. Y sobre todo, la dificultad sexual. La lejanía sexual. Aunque lejanía sexual la experimenta el 90 por ciento de la población; no se necesita ser un impedido para eso, y sin embargo se cree que lo peor que le puede ocurrir al lisiado, al impedido, es precisamente esto: la lejanía sexual. Cuando –repito siempre– la sexualidad del paralítico es infinitamente más rica que la del hombre de a pie, ya que practica con seguridad las llamadas «maneras sucias», maneras sucias que todos quieren para sí y nadie ejecuta en realidad.

El sexo se lleva en la mente y la sexualidad en el olor de los dedos, y los que llevan no solo el sexo sino también la sexualidad en la mente y en ninguna parte más, son la peor carroña del planeta, muchíiiiiisimo peor que los animales y me refiero nada menos que al 90 por ciento de la población. ¿A dónde he ido? ¿A qué he ido? ¡A darme por el culo a mí mismo!

Lo peor de moverse es que siempre te llevas contigo. Pues no: lo peor es lo que tropiezas. Y es mentira que cada cual tropiece con lo que se merece. Porque el planeta está hasta arriba –90 por ciento aproximadamente– de gente empeñada en joderle la vida al prójimo, algo que no tiene nada de malo ya que, tratándose como digo del 90 por ciento de la población, incluye prácticamente a todo el mundo, lo que garantiza estadísticamente que los jodedores se joderán tarde o temprano entre sí, aunque también salpique a ese otro 10 por ciento restante que no quería meterse con nadie pero que sin embargo se metió, en busca de «experiencias personales» cuando todos deberían saber ya de carrerilla la famosa frase «toda experiencia personal es experiencia negativa». De esta forma se produce el choque frontal-casual de la casi totalidad de la gente que anda por la vida estropeando jornadas ajenas y que son, a su vez, víctimas de otros estropeadores profesionales o veteranos. Estropeando vidas ajenas y exponiéndome a ser

estropeado.

Esto me repito, canturreo en el coche: estropeando vidas ajenas y exponiéndome a ser estropeado. Y le pongo música.

Lo vi en el Café Tortoni a Borges con la secretaria y el secretario y con Octavio Paz, el poeta que nunca se mojó por nada ni nadie, el poeta condecorado, el poeta insignia. Ahí estaban sentados los dos poetas insignia, los que nunca se mojaron por nadie y al fondo unos desconocidos jugaban al billar.

Pero yo no los veía así. Con 17 años y vocación literaria, los veía como a dos apariciones. Me levante a mear dos veces sólo para pasar raspando la mesa, a ver si se me pegaba algo y cuando iba a dirigirles la palabra no les dirigía la palabra, porque no tenía nada que decir. ¡Diecisiete!: A esa edad nadie sabe lo que admira.

Yo iba a escribir a una mesa de un café también, porque en una mesa de un café los escritores bohemios escriben; les sale sola la palabra, pero creo que nunca traje nada, ni un garabato en una servilleta. Y lo que es peor: ni una sola chavalita. Me abrumaba la idea de ir al café a escribir y que no me saliera nada, y por consiguiente, no tirarme aninguna piba.

No me atormentaba no saber escribir: me abrumaba no ser guapo como para tirármelas sin necesidad de escribir.

Entonces me dije, deberías hacerte el ciego a ver qué pasa.

Cambié el bolígrafo por el bastón. Compré un bastón plegable, un perro labrador gigantesco, compré gafas de sol y me apunté en una escuela de teatro con dos directores maricas que me enseñaron en un mes a hacerme el ciego a la perfección. Llego a casa –que son mi padre y mi madre, mi padre carnicero y mi madre verdulera– y les digo, emocionado: los vi a Borges y a Octavio Paz. Mi madre me hace preguntas. Me pregunta si les hablé. Porque ella sabe que les admiro. Y mi papá me revolea un cinturónazo y me grita de maricón para arriba y a los cinco minutos ya estoy con un delantal blanco lleno de sangre cortando reses en la carnicería.

Para la explotación de tu propia familia es una ventaja que el comercio, la tienda, quede en la planta de abajo y que la vivienda quede en la planta de arriba; no se tarda nada en bajar a trabajar y en subir a dormir: así hicimos construir nuestra casa. Bonita, de dos plantas, por fuera toda de amarillo.

Mi madre es la única que le da cierta importancia a lo que me ha pasado en la vida.

Mi madre se acuerda de cuando yo vi a Borges en el Café Tortoni y mi madre se ríe, dice: no puedes decir eso de un hombre tan importante y ríe porque a una obra de teatro le pongo de título «CONOCER GENTE, COMER MIERDA». Se ríe –QUE YA ME HACE MUY FELIZ A MI QUE SE RÍA

MI MADRE– y suelta: «con lo bien que te ha ido en la vida, cómo se te ocurre poner ese título a tu obra». Pero se ríe, y en su risa comprendo toda su frustración, sé que en el fondo está de acuerdo conmigo, que me autoriza a ser el portavoz de una generación de perdedores follados por el culo.

Y yo aprovecho y me río del respeto, de este respeto azul, y pienso que generalmente a uno le enseñan a respetar a los que no merecen el menor respeto, y que cuando vas por la vida sin ostentación, cuando escondes a tu manera tu secreto, QUE ES TU CONOCIMIENTO, es ahí cuando te empiezan a ignorar.

Así que le suelto a mi madre, en la última visita, cuando mi padre palmaba y al final se salvó, la frase: «La inteligencia y la educación están en las antípodas». Y le pego dos tiros a mi madre. Qué coño, ni le he pagado un tiro a nadie, ni me he comprado el perro, ni el bastón, ni tuve cojones para intentar hacerme el ciego para follar, porque, de ser así, no diría las cosas que digo, no tendría la lengua que tengo, la lengua que tengo, la lengua que tengo es un río congelado que baja desde mi cerebro, paisaje medio oculto-medio visible hecho de discursos insatisfechos por una mente abarcadora de otras mentes insatisfechas abarcadoras de otros corazones insatisfechos abarcadores de otros músculos insatisfechos.

Cuando se muera mi madre, se va a morir mi memoria, porque mi madre sabe el día y la hora y la cara que puse delante de todo lo que me ha pasado en la vida.

Cuando se muera mi madre, no voy a saber nada, por la poca importancia que le di a mis pasos –los tomé como lo que son, pasos– y ya está.

Lo perseguía a Borges por todas partes. Daba conferencias y yo estaba ahí, media hora antes, cuatro horas antes, fila uno. El viejo habla de literatura, de lo que le gusta y aprovecha para poner a parir a Lorca, a los suecos de la academia, les dice a los suecos que no tienen un Cervantes; habla del general Rosas y nunca habla de lo que está pasando: Videla, Massera, Agosti, Suárez Mason, Garltieri, Astiz: tiene miedo.

Después le sueltan el muerto al público, comienza la ronda de preguntas. Uno le pregunta si le gusta el fútbol. Todo el mundo sabemos que al ciego le repatea el fútbol. Yo le pregunto por Schopenhauer.

Tengo 17 años y hace 4 que leo exclusivamente Schopenhauer. Y Séneca. Suspendo matemáticas, suspendo física, suspendo literatura, suspendo gimnasia, porque lo único que hago es leer Schopenhauer. Y Séneca. Todo para poder hablar con el viejo. Me lo sé todo. Todo Schopenhauer entero. Había un solo ejemplar de «El mundo como voluntad y representación». El de la Biblioteca Nacional. Yo hacía pellas en el colegio y me iba a la Biblioteca Nacional. Tiraba la mochila con los libros en unos arbustos de la estación de

trenes del Retiro, me quitaba la corbata azul del uniforme y así ningún policía hijo de la gran puta me paraba y me devolvía a casa, llamaba a casa para decir, aquí está su hijo, haciendo pellas, con la mochila y la corbata. Entonces caminaba hasta San Telmo, a la calle México, a la Biblioteca Nacional. Pedía «El Mundo como voluntad y representación» encuadernado en piel, precioso, y me lo tragaba enterito.

Después volvía a casa como si volviera del colegio. En casa tenía todo Schopenhauer, menos «El mundo como voluntad y representación».

Y por las dudas me leía a los presocráticos también. Sobre todo Heráclito. Y tenía el libro verde y el libro marrón, la obra completa de Borges. Y así me preparaba para ver cara al viejo. Entonces le suelto, en aquella famosa charla, aquella famosa tarde, no sé qué de Schopenhauer. Y me dice el viejo: «Schopenhauer es el ápice». Estaba a reventar de gente. Yo no sé qué quiere decir «ápice». No puedo ir a las charlas con el María Moliner, con el Ferrarter, con el Casares. Ápice, pienso, será algo bueno, porque al viejo le gusta mucho

Schopenhauer. ¡Cuatro años preparando la pregunta y no entiendo la respuesta!

¿Y para esto me revienta el corazón? ¿Para esto casi palmo del miedo de hablarle en público al cegato? ¡Doscientas personas delante! ¡Cágate! Le voy a esperar fuera, pienso. Le voy a esperar fuera y le voy a decir: te has pasado, te has pasado tres pueblos. O mi frase célebre: que os den por culo y os quedéis ciegos. Hace cuatro años que estudio a Schopenhauer, me quiero lucir, quiero hablar con Borges delante de tres millones de personas y me contesta con una palabra que no comprendo. Lo voy a esperar fuera y le voy a dar de hostias. Le voy a dar con un churrasco. Con una tira de asado. Hay gente que se mete a defenderle, les doy con la tira de asado. El perro guía que lleva siempre con el, intenta morderme, mato al perro a puñetazos... qué digo: Borges nunca llevó un perro, no importa... Le doy con el hueso de la tira de asado en la frente, hay sangre por todas partes. El viejo dice: «Heráclito se arrancó los ojos para pensar, el tiempo fue mi Heráclito». Y yo le agarro del cuello y le grito: ¡Qué sangre fría! ¡Eres ciego y no puedes hablar honestamente ni siquiera de eso! ¿¡Todo hay que decirlo con referencias culturales!?! ¿¡Ni una sola palabra honesta!?! Te quiero ver en México, en la India: ¡no hay cegatos ricos! Si eres ciego estás el triple de jodido. Ahí un señorito ciego no aguanta ni un segundo. Con razón no escribe sobre la realidad, no la ve: ¡es ciego, es un señorito, no puede hablar más que de Keats, de Stevenson, para el ciego de corazón bastan las referencias culturales! PERO TE QUIERO VER CIEGO DEL BOLSILLO: Te quiero ver, con la vista chafada y cantando en un vagón de metro como en el DF

mexicano. ¡Un frenazo y la armónica y el vasito con las monedas vuelan a tomar por el culo!

Y sin embargo, ESOS BONITOS ojos que tienen los perros DE LA ANTÁRTIDA. Tienes que venir al DF, le dice Octavio Paz a Borges en el Café Tortoni, y yo que me meo y no soy capaz de decirles nada y quiero explicarles a estos dos tantas cosas, mi admiración...

Y Borges que no ve pero huele, y Paz que ve pero que ni huele, y los dos secretarios, que me apartan, que me dicen: chaval, estás meado y así no puedes acercarte a Borges ni a Octavio Paz. Porque son los poetas Hispanoamericanos de proyección internacional.

Como está el Café Tortoni de triste: estos dos ahí, con los secretarios; los del billar allá, yo meándome... ¡y ni una sola chavalita!

Voy a ponerme a machacar la fosa del viejo Borges en Ginebra, SÍ: ME VOY A EMPLEAR EN ESA MIERDA,

Me voy a conseguir dinamita, pala y comida. Le dinamito la tumba AL VIEJO DE MANERA TAL QUE LOS RESTOS LLEGAN VOLANDO AL OBELISCO. Al obelisco es imposible: queda a tomar por culo, por el centro de Buenos Aires, ¡es otro contineeeeeeeente! Y cae en «la bombonera» también, la cancha de Boca. La mitad fue a caer al lado del obelisco pero lo demás cayó en la puerta 7 de la Cancha de Boca: en el fondo Sur. Con «la barra brava», los ultras. En la puerta siete está el puesto de los bocatas de chorizo, ¡los choripán! Caen encima de la parrilla los pedacitos podridos del viejo Borges y se lo zampan, se lo zampan en un choripán. El chorizo es a la brasa. Y la brasa son cenizas. ¡Toma cenizas! ¡Las del viejo Borges! ¡Esas sí que son cenizas! ¡Cágate, lo que más odiaba, el fútbol! ¡Y se lo zampan disfrutando del partido! Gritan gol con la boca llena de Jorge Luis Borges, escupen a un hombre importante, ¡ojo! ¡Qué negros de mierda, qué paletos, vosotros los del boxeo –qué digo boxeo, se me va la cabeza–, vosotros los del fútbol, sois todos unos paletos de mierda!

¡Chau Spinoza!, ¡chau Stevenson!, ¡chau Keats! ¡Me acuerdo cuando murió, yo estaba en Madrid, compré todos los periódicos, se me acababa el mundo, lloraba! Ni tigres, ni laberintos, ni espejos, ni Schopenhauer, ni el Quijote: directo a la popular, al fondo sur, con los negros, la clase trabajadora pegándose tiros en la panza, en el pecho, la poli repartiendo palos y mientras tanto, gente que escribe poesía y literatura fantástica y gente que hace películas para divertir.

¡Qué necesario! –dicen–, con lo espantosamente jodido que está todo, con lo sin remedio de todo, ¡qué necesaria la distracción y qué necesaria la cultura!

¡Vaya, digo, imprescindible, digo! Esos contenidos rebuscados, lejanos, ¡que edificantes! Valoran a los artistas por su incomprensibilidad y valoran a los

comerciantes por su obviedad más patética, glorifican los extremos, que es lo que se puede comprar y vender, lo culturita inalcanzable o lo manoseado hasta el hartazgo y resulta que nada le sirve a nadie en absoluto para vivir, y mientras repito vivir-vivir, pienso en morir.

Y yo en el Café Tortoni admirando a dos tipos sin huevos, dos mantenidos del gobierno, de las familias que van a la ópera y de los militares de turno, y del peor de los chauvinismos, ¡cágate!

Me las voy a pirar.

Me las voy a pirar.

Me las voy a pirar a España o a Madagascar.

Y al final me piro.

Mi madre en la escalera mecánica del aeropuerto no da crédito: no se le caen las lágrimas, se le cae la cabeza entera, como una calabaza pesadíiiiiisima, y hace ¡pum! en el mármol del aeropuerto. Estoy hasta el culo de las experiencias: de las experiencias que viven los demás y de las mías. Estoy hasta el culo de la magnificación, de la trivialización, del empequeñecimiento de la vida, de los incidentes acotados, de las vivencias narradas, de las apariciones comentadas, de las casualidades manoseadas, de los encuentros magnificados, de que a lo común, que ya es grande por sí solo, lo llamen «acontecimientos». Estoy hasta el culo de ser quien soy. Váyanse todos a la concha de su madre.

Quiero ser Rocky Balboa
Quiero ser Michel Jordan
Quiero ser Michael Jackson
Quiero ser Bill Clinton
Quiero ser Mellanie Griffigth
Quiero ser Antonio Banderas
Quiero ser Joaquin Lavin
Quiero ser Tom Cruise
Quiero ser Italo Passalacqua
Quiero ser Ernesto Briones
Quiero ser el Coyote
Quiero ser Jannis Joplin
Quiero ser Los huasos quincheros
Quiero ser el procer Bulnes
Quiero ser Drácula
Quiero ser el ministro Bulnes
Quiero ser Cleopatra
Quiero ser Aristóteles
Quiero ser Jean Bousejour
Quiero ser San francisco
Quiero ser Cristóbal Colón
Quiero ser Arturo Vidal
Quiero ser Los Beatles
Quiero ser Jorge Valdivia
Quiero ser Rodrigo Anfruns
Quiero ser Mozart

Quiero ser Beethoven
Quiero ser Stephen Hawkins
Quiero ser Stephen King
Quiero ser Pablo Longueira
Quiero ser Martín Luther King
Quiero ser Sebastian Piñera
Quiero ser Camila Vallejo
Quiero ser el mino de Camila Vallejo
Quiero ser Steven Spielberg
Quiero ser Charles Manson
Quiero ser Charles Aranguis
Quiero ser Charles Bronson
Quiero ser la madre que me parió
Quiero ser Marco Enriquez Ominami
Quiero ser Pablo Picasso
Quiero ser Jim Morrison
Quiero ser Sor Teresa de los Andes
Quiero ser Fernando Karadima
Quiero ser Leonardo da Vinci
Quiero ser Laura Vicuña
Quiero ser Jimmy Hendrix
Quiero ser Osama Bin Laden
Quiero ser Bart Simpson
Quiero ser Hinzpeter
Quiero ser Shakespeare
Quiero ser Giulio Ferretto

Quiero ser Cervantes
Quiero ser Quevedo
Quiero ser Afrodita
Quiero ser Juana de Arco
Quiero ser Jordi Castel
Quiero ser Pavarotti
Quiero ser Cristian Figueroa
Quiero ser Carolina Fadic
Quiero ser Ena von Baer
Quiero ser Ghandi
Quiero ser Jaime Gajardo
Quiero ser el DT de La calera
Quiero ser el chupete Suazo
Quiero ser de La Calera
Quiero ser Raul Ruiz
Quiero ser Batman
Quiero ser Robin
Quiero ser el Che
Quiero ser Messi
Quiero ser Francisco Franco
Quiero ser Pinochet
Quiero ser el león de Daktari
Quiero ser Martin Vargas
Quiero ser el Papa
Quiero ser Cecilia
Quiero ser Jorge Luis Borges

Quiero ser Chaleco Lopez

Quiero ser alcalde de Pichicuy

Quiero ser el monstruo del Lago Ness

Quiero ser Pedro Carcuro

Quiero ser Claudio Borghi

Quiero ser Juanito Yarur

Quiero ser Marcelo Bielsa

Quiero ser Diego Maradona.

Y hacer lo que me da la gana y jactarme de eso.

Necesito que me quieran como Diego Maradona necesita que le quieran.

Y me quiero suicidar como se va a suicidar Diego Maradona, tirándose de algún piso alto.

Quiero Morir, no por las drogas, ni por el peso de la familia, ni por el peso de los triunfos, ni por el fantasma de los fracasos, sino por mi debilidad: porque el cuerpo ya no aguanta para recibir más y va y se tira desde un piso alto.

Quiero ser como Diego Maradona para vivir con intensidad sorda absolutamente todo. Quiero soportar con la misma apariencia física, pública de Diego Maradona la relación con la gente, es decir, con millones de desconocidos suyos, que te tocan.

Quiero estar realmente joven, realmente viejo, realmente gordo, realmente colocado, realmente motivado, realmente enamorado, realmente desencantado, y ser así de transparente incluso rodeado de payasos, de fantasmas, de oportunistas: como ha sido Maradona.

Quiero ser Maradona para invitar a mis amigos a toda clase de excesos, excesos del cuerpo y de la cabeza, considerando dentro de estos últimos, los apacibles diálogos donde nos escuchamos y nos respondemos con el corazón

bombeando vinos muy caros, detalle que nuestra sangre se merecía ya de una vez por todas.

Quiero matar periodistas, que vienen a arrancar de mí, que soy Maradona, tajadas tontas, sensacionales, irreflexivas.

Quiero culear como Diego, si es que Diego supo hacerlo bien.

Quiero amar a mis hijas como Diego, con esa pasión ciega que te llega de lo peor de tu educación, de las imposiciones arcaicas de lo sagrado familiar, lo sagrado religioso, lo sagrado policial, lo sagrado militar, lo políticamente sagrado.

Quiero ser Maradona para, con el mismo desenfreno, defender la tradición y a la vez echarle sal, aceite y comérmelo todo, romper el mundo para mí, escupir sobre todo, vaciar la vejiga a reventar encima de todo, y ser el más humano de todos, todos, todos.

Quiero ser Diego de Velázquez para, en vez de pintar a la Infanta Margarita de Austria o al Conde Duque de Olivares, tener en mi estudio de Madrid, en 1700, a Maradona.

Y quiero ser Diego de Velázquez para pintar un retrato de la selección de fútbol en la misma sala de las Meninas y en lugar de Las Meninas.

Y quiero ser Francisco de Goya y Lucientes para pintar a Maradona jugando con la pelota en San Antonio de la Florida.

Y para hacer la más negra de las pinturas negras, con Diego Maradona levitando como una bruja o enterrado hasta las rodillas dando garrotazos al aire.

Quiero ser Diego Maradona porque no me basta con ser Pablo Picasso.

Quiero destrozar mi cuerpo, imprescindible para continuar haciendo lo que deseo hacer, lo que no consigo vivir sin hacer.

Mi gloria será desde ahora disfrutar de pequeños lugares comunes cada vez más interesantes.

Quiero habitar ese desorden final, límite. Disfrutar, desde la gloria de la carne, hasta la decadencia de la carne.

Quiero que se abran todas las puertas de mi cerebro y de mi corazón y meterle a los ingleses, en un mismo partido, dos goles: uno con la mano derecha y el otro regateando con la zurda a todos los adversarios. Quiero ser Dios para ponerle nombre a cada uno de los adversarios de aquella tarde. Se llamarán: (nombres de los jugadores de ese encuentro).

Quiero ser Diego Maradona para estar en los mismos hoteles que él, para follar con las mismas mujeres, para romper puertas a patadas, para tirarle con un rifle de perdigones a la prensa, para que me aplaudan en directo 50 mil personas, para que llore de emoción en un mismo segundo, cuando yo muevo un pie, medio planeta frente a la tele. Quiero ser Diego Maradona para desaparecer de todo eso, lleno de todo eso, a tope de todo eso, quiero llevarme el alma de medio planeta a la cama, al baño, hacer fuerza y cagarme encima.

Quiero ser Maradona para comer arroces en Alicante a las tantas de la noche después de haber prometido volver a los entrenamientos, quiero que me detengan en Sevilla porque conduzco un Ferrari a 200 por la Giralda y soltarle al policía: “soy Maradona y llego tarde al partido”, quiero que me quieran como Diego Maradona necesita que le quieran.

Y ahora están las razones por las que no quiero ser Diego Maradona.

Por ejemplo, por no haberme muerto a tiempo, o por tener que soportar un cuerpo difícil de ordenar, o por estar rodeado de una familia jamás querida ni deseada, o por no tener ya la pasta que antes tenía, o por vivir de homenajes cuando quisiera seguir viviendo de mi talento.

Y quiero volver a ser Maradona para dar carne a los carniceros. Aceite a los motores.

Para que el resto del mundo -la parte de mundo que no es Maradona- funcione algunas horas al día sólo por hablar de mi, aunque sea mal.

Quiero ser Maradona para servir de mal ejemplo, del peor ejemplo, es decir: para que cada cual piense que la vida que lleva, que ha llevado y que llevará, no es una mediocridad de vida, una vida inexperta, vacía de experiencias, o dicho de otra forma, llena de experiencias comunes; sino algo loable, cercano a la familia, el progreso en el trabajo, y toda esa mierda.

Quiero ser Diego Maradona para poder llorar ante las cámaras porque no me dejan salir de Argentina para irme a drogar a Cuba de una vez por todas y reventar como un sapo.

Quiero ser Diego Maradona para poder decir en la televisión que los periodistas no me dejan vivir cuando yo necesito desesperadamente a los periodistas para seguir viviendo, porque a estas alturas los que odiaba me son mas necesarios que nunca. Los que se me colgaban de **Las pelotas** pidiéndome autógrafos, fotos, firmas y mas fotos, hoy me tienen olvidado porque dicen: “hay que dejarlo tranquilo a Diego, que se recupere”.

Quiero ser Diego Maradona para que muchos hijos de puta, la mayoría, se llene la boca hablando de mi enfermedad y opine sobre mi deteriorada salud, mi corazón a punto de explotar, mis rodillas deshechas y mi lóbulo frontal quemado por la coca.

Quiero ser Diego Maradona para tenerla tan larga como él y dejar muchos hijos por el mundo y después mandarles dinero, porque para algo soy Diego Maradona.

Quiero ser Diego Maradona para poder tener la sensación de que estoy sano

aunque este muy enfermo. Y que la justicia de mi país me niegue la salida porque no estoy mentalmente apto.

Quiero ser Diego Maradona para poder decir libremente, con perdón de las damas: Que la chupen, que la sigan mamando y además, poder decir: Que se vayan todos a la concha de su madre sin que me castiguen por decir lo que pienso.

Se domestica la naturaleza y se llama parque. Se doma al hombre y se llama estado. Por eso quiero, más que nunca, ser Diego Maradona, para tener la sensación, durante años, de que soy indomable como Paul Newman. Pero sin embargo termino quebrado pidiendo por favor que me saquen la pata de encima para poder vivir unos minutos más, porque no me quiero morir.

Quiero ser Diego Maradona para que me echen del Mundial después de perder 4 a 0 con Alemania, y decir que fue una derrota injusta.

Quiero ser Diego Maradona para que Mucho Muchacho cante este texto.

Quiero ser Kipling pero, ya que puedo elegir, prefiero ser Diego Maradona.

Quiero ser Anne Sexton pero antes, permítanme ser Diego Maradona.